

LAS GRANDES NOVELAS DE AMOR

Centenares de miles de lectoras y lectores han leído las novelas del genial escritor popular *Marcelo Priollet*. Ninguna de sus obras iguala en palpitante interés a

¡Novia y mártir!

Ultima producción del eximio novelista francés

Todo el mundo lee NOVIA Y MARTIR
NOVIA Y MARTIR gusta a todo el mundo



Aparece un cuaderno cada semana del mismo formato, presentación y lectura que ¡*Abandonada... en su noche de bodas!*!, vendiéndose al precio de

VEINTE cts.

La obra completa constará de 50 cuadernos

PARA PEDIDOS A
EDITORIAL GARROFÉ

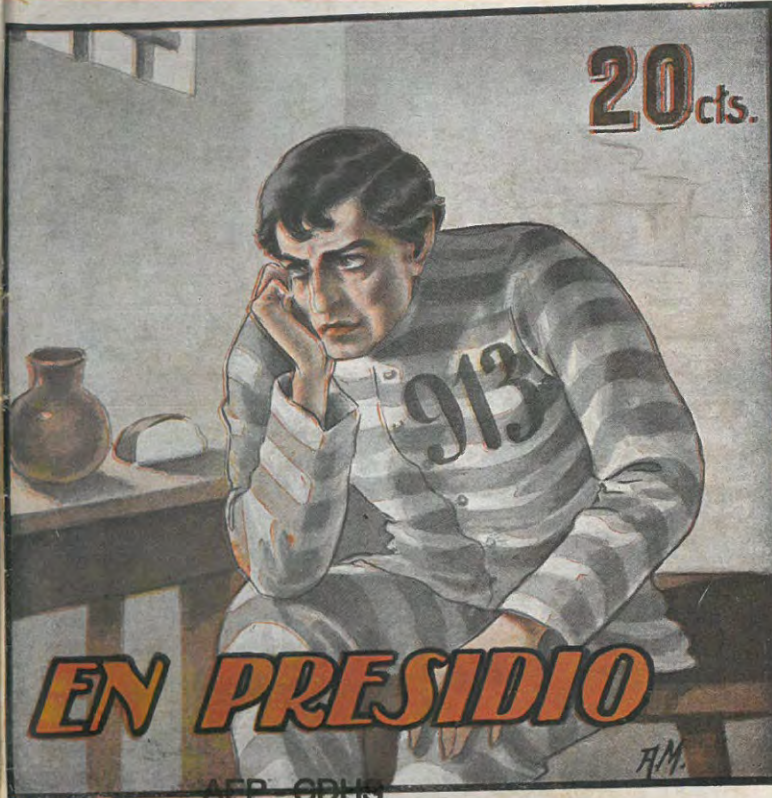
Apartado de Correos núm. 356
BARCELONA

Representante exclusivo en América
SEBASTIAN DESPONS — BUENOS AIRES

Imp. Garrofé.—Villarreal, 12 y 14, y Unión, 19

LA NOVELA OBRERA

20 cts.



AEP GDHS
BARCELONA

COLECCIÓN POPULAR

LA NOVELA OBRERA

Núm. 12

En presidio

NOVELA

POR

VÍCTOR HUGO



008777

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Unión, 19

BARCELONA

EN PRESIDIO

I

Claudio, *el mendigo*, era un hombre desgraciado. Casi nunca trabajaba y jamás hizo nada con acierto.

Vivía en los arrabales de París con su amante, una muchacha joven y escuálida, y tenía con ésta una hija.

(Creo un deber advertir que cuanto voy a contaros es verídico. Así, pues, relataré los hechos sujetándome a la más estricta verdad histórica, dejando a los lectores la facultad de comentarlos conforme se vayan desarrollando.)

Claudio era un obrero inteligente y útil. Carecía de educación, pero tenía un gran talento natural.

No sabía leer, pero sabía pensar.

Sin embargo, como casi nunca trabajaba, en su casa hacía falta hasta lo más indispensable.

Iba siempre derrotado, y por eso se le conocía con el sobrenombre de *el mendigo*.

Especialmente en invierno, cuando el trabajo iba escaso, la vida del pobre Claudio y de los suyos era un calvario sin fin.

En el mísero hogar faltaba el fuego que había de darle calor, y muchas veces hasta un mendrugo de pan para acallar los rugidos del hambre.

Un día en que la nieve había cubierto París con un sudario blanco y frío, el hombre vió que la mujer y la niña estaban a punto de morir de inanición.

Entonces, el hombre robó. Ignoro qué ni dónde, pero lo cierto es que de aquel robo salieron tres días de pan y de calor para la madre y la hija, y cinco años de presidio para el padre.

Claudio fué trasladado a cumplir condena al presidio central de Clairvaux.

Este edificio era una vieja abadía convertida en prisión. Allí, las celdas se convirtieron en calabozos, y un altar fué utilizado para picota. Así es como comprenden el progreso cierta clase de gentes.

Al llegar a presidio, Claudio fué encerrado, por las noches en un calabozo y durante el día en un taller.

Claudio, que hasta entonces había sido un hombre honrado, sería en adelante un ladrón.

Era de figura arrogante. Tenía la frente espaciosa, surcada de arrugas a pesar de su juventud, y las primeras canas asomaban en su cabeza. Tenía los ojos de mirada dulce; la nariz, ancha; el mentón saliente, signo inequívoco de voluntad, y los labios caídos en una eterna mueca de desdén. Tal era el retrato físico de Claudio.

En el presidio había, además de los carceleros, un

director de talleres, tipo corriente en los penales, que era a la vez esbirro y comerciante; que ponía, al mismo tiempo, las herramientas de trabajo en las manos y los grilletes en los pies.

El director de los talleres del penal donde fué destinado Claudio, era violento, tiránico, autoritario. Sin embargo, a veces, según su conveniencia, aparentaba bondad y camaradería con los presos obreros.

Resultaba, así, no malvado, sino malo.

El rasgo característico de su carácter era la tenacidad. También, casi siempre, la frialdad.

El, jactanciosamente, se comparaba a Napoleón. Por testarudo y por tenaz. Claro que eso no pasaba de ser una estúpida vanidad del pobre funcionario.

Realmente hay muchas personas que se engañan a sí mismas al juzgarse; que confunden el tesón con la voluntad y el humilde resplandor de una vela con el brillo radiante de una estrella.

Cuando aquel hombre se empeñaba en una cosa, llegaba hasta al final pasando por encima de todos los obstáculos.

Esta era, poco más o menos, la filiación psicológica del director de los talleres del presidio central de Clairvaux.

He aquí el eslabón con que la sociedad golpeaba a los penados para arrancarles chispas. Las chispas que esta clase de eslabones producen, casi siempre provocan incendios.

Apenas llegó Claudio a los talleres comprendió el director que se hallaba ante un buen obrero. Así es que le trató en seguida con gran deferencia.

Incluso un día viéndole triste, le preguntó, lleno de jovialidad:

—¿A qué es debido tu malhumor?

—Pienso en mi mujer—replicó Claudio, desabrido.

Entonces el director, en tono de broma, le hizo saber que aquella infeliz se había hecho ramera.

Claudio, fríamente, preguntó por la suerte que había corrido la niña. Pero el director nada sabía de ella.

II

Pasados algunos meses Claudio se acostumbró a la nueva vida del penal y pareció olvidar su existencia anterior.

Aquel tiempo le había bastado para adquirir una gran preponderancia entre sus compañeros. Sin haberse puesto previamente de acuerdo, sin darse apenas cuenta, todos aquellos desdichados le escuchaban, le consultaban, le admiraban y le imitaban.

Este dominio entre sus compañeros de infortunio lo había adquirido Claudio sin buscarlo. Sólo fué debido, tal vez, al poder de sugestión de su mirada, o quien sabe si a la fuerza de su cerebro poderoso.

Sitúese un hombre que piense entre hombres sin el menor poder cerebral, y en seguida, debido a una mis-

teriosa ley de atracción irresistible, todos aquellos hombres de cerebro romo girarán alrededor del hombre de cerebro pujante.

Hay naturalezas que son hierro, y naturalezas que son imán. Claudio era imán. En tan poco tiempo, se convirtió en el alma del taller. Sus palabras eran órdenes para sus compañeros.

Por una ley biológica inmutable cuya existencia puede observarse en todos los estamentos sociales, al ser querido y respetado por los presos fué odiado y vituperado por los carceleros. En la vida no existe el amor sin el odio, la admiración sin el desdén.

* * *

Claudio comía mucho. Tuvo siempre buen apetito. Cuando era libre, trabajaba brutalmente para ganar dos quilos de pan; pero los ganaba, y los comía. Ahora que estaba preso, trabajaba igualmente todo el día y recibía en pago libra y media de pan y unos gramos de carne.

Claudio, naturalmente, pasaba hambre en el penal. Pero la ración no podía aumentarse.

Un día, devorada ya su ínfima ración, se puso a trabajar de nuevo, tratando de vencer el hambre. Los otros presos seguían comiendo. De pronto, uno de ellos, un jovencuelo enclenque y paliducho, se acercó a Claudio con su ración, que seguía intacta, en la mano.

Su actitud era humilde y fervorosa. Claudio, molesto ante una ración que avivaba su apetito, preguntó con voz agria:

—¿Qué esperas aquí?

—Quisiera pedirte un favor—dijo con timidez el muchacho.

—¡Habla!—repuso Claudio, ya más dulcificado el tono.

—¡Ayúdame a comer esto! Tengo de sobra...

Claudio sintió que se le humedecían los ojos. En silencio, partió la carne y el pan y se puso a comer su parte.

El joven se mostró agradecido.

—¡Gracias, Claudio! Si tú quieres, partiremos la ración todos los días...

Claudio miró fijamente al joven.

—¿Cómo te llamas?

—Albino.

—¿Y por qué te encerraron?

—Robé...

—Yo también—dijo Claudio, en tono lastimero.

Y en adelante siguieron partiendo la ración del mismo modo.

Eso les unió. Trabajaban en el mismo taller, paseaban en el mismo patio, dormían bajo el mismo techo.

Ahora, comían el mismo pan. Eso les fundió con una fuerza entrañable.

III

El director de los talleres era odiado profundamente por los presos.

Y muchas veces, para lograr que le obedeciesen, tenía que recurrir a Claudio, cuya autoridad era reconocida por todos los penados.

En más de una ocasión, el enorme ascendiente que tenía Claudio sobre sus compañeros tuvo que ser utilizado para sofocar algún motín.

Para contener y apaciguar a los presos tenían mayor eficacia cuatro palabras de Claudio que cuatro gendarmes.

Muchas veces había prestado Claudio esta clase de servicios al director. Por eso el director le odiaba.

Sentía celos de su poder, de su autoridad sobre los presos.

Pudiera decirse que el odio del director contra Claudio, era un odio de poder temporal a poder espiritual, de soberano de derecho a soberano de hecho. Estos odios son siempre los peores.

Pero Claudio no advirtió tal animadversión, dominado como estaba por el cariño hacia Albino.

Cierta mañana, cuando los presos, en fila doble, se dirigían de las celdas al taller, un carcelero llamó a Albino, que iba de pareja con Claudio.

—El director de talleres te llama.

Claudio, intranquilo, preguntó a su compañero:

—¿Qué te querrá?

—No lo sé—dijo Albino.

Pasó toda la mañana y Albino no volvió al taller. «Lo encontraré en el patio, después de comer», pensó Claudio. Pero Albino tampoco se presentó en el patio.

Cuando por la noche volvieron los penados a los calabozos, Claudio buscó en vano a su joven amigo.

Contra su costumbre, dirigió la palabra a un carcelero:

—Y Albino, ¿está enfermo?

—No.

—Entonces, ¿por qué no se le ha visto en todo el día?

—¿Por qué?—exclamó el carcelero, indiferente—. Pues porque ha sido trasladado a otro departamento.

La mano de Claudio, que llevaba una vela encendida, tembló ligeramente. Pero se rehizo en seguida y preguntó con serenidad:

—¿Y quién ha dado esta orden?

—¡Quien puede darla! El señor director de los talleres.

Al día siguiente tampoco apareció por allí Albino. Por la noche, al final de la jornada, el director hizo su ronda acostumbrada por el taller.

Apenas le vio Claudio, se puso de pie, frente a su banco, con el gorro de lana listada en la mano, esperando el paso del director.

Cuando éste llegó allí, Claudio se adelantó respetuosamente:

—¡ Señor director !

El director se detuvo.

—¿ Qué quieres ?

— Señor—dijo Claudio en tono humilde—, ¿ es cierto que Albino ha sido trasladado de departamento ?

— Sí—respondió secamente el director.

Claudio se arrodilló a sus pies.

— ¡ Señor !—gimió—. Necesito que Albino esté a mi lado. ¡ Le necesito porque le quiero ! Y además, ya sabe usted que Albino partía su ración conmigo...

— ¡ Nada de eso me importa !—replicó agriamente el director.

— ¿ Y no habría medio—siguió gimiendo Claudio— de que Albino volviese a mi departamento ?

— ¡ Imposible ! Se trata de una orden dada de manera terminante.

— ¿ Por quién ?

— ¡ Por mí !

— ¡ Señor director !—suplicó de nuevo Claudio—. ¡ Es una cuestión de vida o muerte para mí !

— ¡ Eso no me importa !

— ¡ Sólo de usted depende, señor director !

— No es costumbre mía rectificar cuando doy una orden.

— ¿ Le he hecho algo malo, señor director ?

— ¡ Nada !

—Entonces, ¿ por qué me quita el cariño de Albino ?

— ¡ Porque sí !

Y dicho esto, el director emprendió la marcha de nuevo.

Claudio humilló la cabeza sin replicar.

* * *

En nada pareció cambiar el carácter de Claudio, con la separación de su amigo. Acaso, se hizo más concentrado.

Rehuía hablar de Albino con los demás presos.

Paseaba solo y pasaba hambre. Eso era todo.

No obstante, algo extraño y sombrío se reflejaba en sus ojos, a pesar de que siguiesen mirando dulcemente.

Muchos compañeros quisieron partir con él su ración. Pero siempre rehusó, con una humilde sonrisa en los labios.

Todas las noches, desde aquella en que estuvo hablando de Albino con el director, cuando éste pasaba haciendo su ronda acostumbrada, se le quedaba mirando fijamente y con voz colérica, a la vez suplicante y amenazadora, le preguntaba:

— ¿ Y Albino ?

Fingía no oír el director y se alejaba con paso firme.

Todos los presos aguardaban con viva ansiedad el resultado de aquella pugna. Indudablemente habría de sobrevenir algo grave.

Una vez, Claudio le dijo al director, humildemente:

—De nuevo le suplico que me devuelva a mi amigo.

Hará usted un gran bien.

El director ni siquiera le contestó.

A la mañana siguiente Claudio estuvo largas horas sentado en cuclillas, con la frente entre las manos, inmóvil.

—¿Qué haces ahí, Claudio?—le preguntó un compañero.

Claudio levantó la cabeza con lentitud y dijo:

—¡Estoy juzgando a uno!

IV

Una tarde, el 25 de octubre, cuando el director hizo su ronda, Claudio hizo crugir bajo su pie un cristal de reloj. Al oír aquel ruido el director se volvió.

—¿Qué es este ruido?

—Nada, señor director. Soy yo—dijo Claudio.

Y tristemente añadió:

—¡Devuélvame usted a mi compañero!

—Imposible...

—Sin embargo, ¡será así!—replicó Claudio con voz ronca.

Y mirando fijamente al director, fué diciendo lentamente:

—Medítelo usted bien... Estamos a 25 de octubre...

Le doy de plazo hasta el 3 de noviembre...

El director, sonriendo, dijo a su vez:

—¿Me amenazas? Eso merece el calabozo, Claudio. Pero por hoy, te perdono. Vete con Dios y no hablemos más.

Al día siguiente un penado se acercó a Claudio, que, como de costumbre, se paseaba por el patio pensativo y solo, y le preguntó:

—¿En qué piensas, Claudio? Pareces preocupado...

Claudio, sin levantar la vista del suelo, contestó:

—Temo que le ocurra algo grave al bueno del director.

Claudio no dejó pasar uno solo de los nueve días del plazo sin advertir gravemente al director el estado cada vez más lastimoso a que lo reducía la separación de Albino.

Por fin, un día, cansado el director, lo mandó al calabozo, porque la súplica tomaba carácter de amenaza. Esto fué todo lo que obtuvo Claudio.

Llegó el 4 de noviembre. Había expirado el plazo.

Claudio se levantó aquel día más tranquilo que nunca. No se le había visto así desde que la decisión del director le separó de su amigo.

Al levantarse, registró un cajoncito que tenía a los pies de la cama, donde guardaba algunos objetos y ropas, y sacó unas tijeritas de costura y un libro, los únicos recuerdos que le quedaban de la mujer a quien había amado, de la madre de su hija, del pobre y querido hogar de otro tiempo...

Eran dos objetos inútiles para Claudio, pues las tijeras sólo podían servir a una mujer y el libro a un hombre instruído. Claudio no sabía coser ni leer.

Al cruzar el viejo claustro que servía de paseo en invierno, acercóse a un preso que miraba a través de una reja de gruesos barrotes.

Claudio le enseñó las tijeritas y le dijo:

—Esta tarde cortaré esos barrotes con ellas.

El preso rió. Claudio, alejándose, también se echó a reír.

V

Durante toda la mañana trabajó Claudio con ahinco. Poco antes del mediodía, con cualquier pretexto, fué al taller de carpintería.

Querían allí, como en todas partes, a Claudio, y al verle le dijeron alborozados:

—¡Hola, Claudio! ¿Qué te trae por aquí?

Y le rodearon cariñosamente.

Claudio echó una rápida ojeada a todo el taller, para cerciorarse de que no había ningún carcelero.

—¿Podéis prestarme un hacha?—preguntó.

—¿Para qué la quieres?

Claudio respondió con sencillez:

—Para matar esta noche al director de los talleres.

En seguida los penados le ofrecieron diversas hachas, para que eligiese.

Claudio tomó una de mucho filo. La escondió en el pantalón y salió.

Había en aquel taller veintisiete presos. A ninguno recomendó Claudio el secreto. Todos le guardaron, sin embargo. Ni siquiera entre sí volvieron a hablar del asunto. Cada cual, por su parte, esperó los acontecimientos.

La cuestión era sencilla, brutal, sin complicaciones. Claudio no podía ser aconsejado ni denunciado.

Al entrar en su taller, Claudio se aproximó a un preso muy joven y le aconsejó que aprendiese a leer, regalándole su libro. En aquel momento se acercó a él otro preso y le preguntó:

—¿Qué diantre ocultas en el pantalón?

Claudio dijo:

—Es un hacha para matar al director esta noche.

Y añadió:

—¿Se ve?

—Un poco—dijo el otro.

El resto del día lo pasó según su costumbre.

Al anoecer, los presos fueron encerrados en sus talleres respectivos, y los vigilantes abandonaron las salas de trabajo, como todos los días, para no volver a entrar hasta después de la ronda del director.

Entonces, en el taller de Claudio se desarrolló una escena extraordinaria, llena de majestad y de terror.

Según se demostró en el sumario, había allí en aquel momento ochenta y dos ladrones, incluso Claudio.

Cuando los vigilantes abandonaron el taller, Claudio se puso de pie sobre un banco y anunció a todos que tenía algo importante que decirles.

Se hizo un silencio absoluto, y entonces Claudio, levantando la voz, dijo:

—Todos sabéis que Albino era para mí como un hermano. No tengo bastante con la comida que aquí me dan, y aun gastándome en pan lo que gano no me alcanzaría. Albino partía su ración conmigo. Yo le quería, primero, porque me alimentaba, y después porque él me quería. El director nos separó, cuando a él nada debía importarle que estuviésemos juntos. Pero es un hombre malo, que goza atormentándonos. Le he pedido con insistencia que me devolviese a Albino, y siempre se negó. Le señalé un plazo, que ha vencido hoy, y él, por toda contestación, me mandó al calabozo. Yo, en este tiempo, le he juzgado, y le he condenado a muerte. Dentro de dos horas vendrá aquí pasando la ronda. Os advierto que voy a matarle. ¿Tenéis algo que oponer a eso?

Todos guardaron silencio.

Claudio reanudó su discurso, y estuvo hablando con gran elocuencia durante un buen rato más.

—No ignoro que voy a llevar a cabo una acción violenta, pero no tengo más remedio. Me asiste la razón.

Apeló a la conciencia de aquellos ochenta y un ladrones que le escuchaban atentamente y concretó los principales extremos de su discurso:

—La necesidad de tomarse la justicia por propia mano es a veces un callejón sin salida. Ya sé que para quitar la vida al director he de dar la mía, pero la doy con gusto. He reflexionado el caso durante dos meses. Honradamente someto mis razones a cuantos me escucháis. ¿Tenéis algo que decir en contra? Yo estoy dispuesto a atenderlo.

Tan sólo uno se atrevió a decir que antes de matar al director, debía tratar de convencerle por última vez.

—Es justo—dijo Claudio—. Así lo haré.

Dieron las ocho. A las nueve debía llegar el director.

En cuanto aquel extraño tribunal hubo confirmado la sentencia dictada por Claudio, éste recobró la tranquilidad.

Colocó sobre un banco toda su ropa y llamando uno tras otro a varios compañeros la distribuyó entre ellos.

Después los abrazó a todos, sonriendo a algunos que no podían aguantarse las lágrimas.

Hasta el último momento habló con tanta serenidad y con tal aplomo, que muchos de sus compañeros creyeron, según declararon luego, que había desistido de su propósito.

Notó que un penado joven palidecía intensamente y temblaba mirándole, sin duda pensando en la tragedia que dentro de pocos momentos se iba a desarrollar, y le dijo con dulzura:

—¡Animo, joven! Todo será cuestión de un instante.

Después de repartir sus harapos y de despedirse de todos interrumpió las conversaciones entabladas en voz baja y pidió que todo el mundo se pusiese a trabajar.

Como siempre, la orden de Claudio fué obedecida en silencio.

VI

El taller de Claudio era una sala rectangular, con ventanas enrejadas a los lados y una puerta a cada extremo.

Los telares estaban situados a lo largo de los muros y el espacio que quedaba entre ellos formaba un largo pasadizo que iba de una puerta a otra, cruzando la sala.

Este era el camino que el director hacía en su diaria ronda.

Debía entrar por una puerta y salir por otra, mirando a derecha e izquierda los telares y sus manipuladores.

Este recorrido lo hacía generalmente con rapidez y sin detenerse.

Claudio había reanudado su trabajo igual que los demás penados.

Todos esperaban anhelantes el trágico momento. De repente, sonaron unas campanadas.

—Las nueve menos cuarto—dijo Claudio.

Se levantó, cruzó con gesto pensativo la mitad de

la sala y se apoyó de codos en el primer telar, junto a la puerta de entrada.

Su rostro no reflejaba la menor inquietud.

Dieron las nueve. En seguida, se abrió la puerta y entró el director. Iba solo, como de costumbre.

En aquel momento reinó en el taller un silencio absoluto.

El director tenía un aire jovial, de hombre satisfecho de la vida. No se fijó en Claudio, que estaba de pie junto a la puerta, con la mano derecha en el bolsillo del pantalón.

Pasó con rapidez por delante de los primeros telares, dirigiendo miradas indiferentes en torno suyo, sin fijarse que todos los ojos que le miraban furtivamente tenían un brillo siniestro y homicida.

De pronto se paró en mitad del taller al oír pasos detrás de él.

Era Claudio, que le seguía en silencio.

—¿Qué buscas ahí?—le dijo el director—. ¿Por qué no estás en tu banco, trabajando como todos?

Claudio contestó, con respetuosa humildad:

—Es que quisiera hablar con usted, señor director...

—¿Y de qué has de hablarme?

—¡De Albino!

El director no pudo reprimir un gesto de impaciencia, y repuso:

—¿Todavía con esas?

—¡Siempre!—afirmó Claudio con mirada torva.

—Veo que no te han bastado los dos días de calabozo...—dijo el director, reemprendiendo la marcha.

Claudio le siguió de nuevo:

—¡Devuélvame usted a mi compañero, señor director!

—¡Imposible!

Claudio insistió, con voz emocionada:

—Señor director, yo le suplico que me devuelva a Albino. Verá usted con que entusiasmo trabajo. Usted, que está libre, no puede saber lo que es un amigo. Usted vive como quiere; yo no le tengo más que a él. Devuélvame. No le costará otro trabajo que decir *sí*...

Seguramente Claudio no había dicho jamás tantas palabras seguidas a un carcelero.

El director, con marcada impaciencia, le interrumpió:

—¡Ea! Acabemos. He dicho que es imposible. ¡Largo de aquí!

Y fué a abrir la puerta de salida. Los ochenta ladrones miraban y escuchaban anhelantes.

Claudio se puso frente a la puerta, cerrando el paso.

—Al menos—dijo con fiera—que yo sepa por qué se me condena a muerte. ¡Dígame por qué le ha separado de mí!

El director estaba nervioso ante la violencia de aquella escena.

—Te lo he dicho ya—replicó con rabia—. ¡Porqué sí, porque he querido! ¡Y basta!

Y volviendo la espalda a Claudio hizo ademán de abrir la puerta.

Claudio retrocedió un paso.

Rápidamente, sacó la mano derecha del bolsillo, armada del hacha.

Y antes de que el director hubiese podido lanzar un grito, tres hachazos le habían abierto el cráneo.

Un nuevo golpe le hirió en el rostro, al tiempo que caía de espaldas, y como una vez excitada la rabia no se puede contener, Claudio le rompió una pierna de otro hachazo, innecesario ya, pues el director estaba muerto.

Entonces Claudio arrojó el hacha lejos de sí y exclamó:

—¡Ahora, al otro!

El «otro» era él.

Sacó las tijeritas que habían pertenecido a su mujer, y sin que nadie pudiese impedirlo se las hundió en la tetilla izquierda.

Las tijeras eran cortas y el pecho profundo. Se las hundió varias veces, dándose veinte pinchazos y exclamó:

—¡Maldito corazón! ¿Es que no voy a poder dar contigo?

Al fin cayó ensangrentado sobre el muerto.

¿Quién de los dos era la víctima del otro?

VII

Claudio recobró el conocimiento. Se hallaba en una cama, cubierto de vendas y rodeado de solícitos cuidados.

A la cabecera, había dos hermanas de la caridad y un juez que instruía el sumario.

Este preguntó al herido con gran interés:

—¿Cómo se encuentra?

Había perdido mucha sangre, pero las tijeras no supieron cumplir su misión. Ninguna de las heridas era peligrosa.

Para él, no había más heridas mortales que las inferidas al director.

Se le sometió a un extenso interrogatorio. Le preguntaron si era él quien había dado muerte al director de los talleres, a lo cual contestó afirmativamente.

Preguntáronle por qué motivo, y él se limitó a decir:

—Porque sí.

Las heridas se infectaron y le atacó una fiebre alta, de la que estuvo a punto de morir.

Pasaron, entre cuidados e interrogatorios, los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero.

Esmerábanse en sus respectivas funciones los médicos y los jueces en torno a la cama de Claudio.

Mientras los unos cuidaban sus heridas, los otros levantaban su cadalso.

Abreviemos: el 16 de marzo compareció Claudio ante el tribunal, completamente restablecido.

Presentóse con buena apostura, afeitado, descubierta la cabeza y vistiendo el traje de los presidiarios.

El fiscal dispuso que la sala estuviese ocupada militarmente, «con objeto de contener a los facinerosos que figuraban como testigos», según manifestó.

Cuando llegó la prueba testifical, presentóse una dificultad. Ninguno de los testigos del hecho quiso declarar contra Claudio.

Amenazóles el presidente, pero todo fué inútil. Entonces Claudio les ordenó que declarasen imparcialmente, y todos contaron lo que habían visto.

Escuchaba Claudio con gran atención, y cuando un testigo, voluntariamente o sin querer, omitía algún detalle que constituyese un cargo para el acusado, éste restablecía la verdad.

Estas declaraciones reconstruyeron los hechos tal como los hemos relatado.

Hubo un momento en que las mujeres que asistían al jicio no pudieron contener las lágrimas.

Cuando le tocó el turno, el alguacil hizo entrar a Albino para que prestase declaración.

Entró sollozando y los gendarmes no pudieron evitar que se precipitara en los brazos de Claudio.

Este, dirigiéndose al fiscal, dijo sonriendo:

—He aquí un facineroso que parte su pan con los que tienen hambre.

Y besó las manos a su joven compañero.

Terminada la prueba testifical, el fiscal se levantó y empezó a decir con tono enfático:

—Señores jurados: la sociedad se hundiría, se veía amenazada en sus más sólidos cimientos, si la vindicta pública no alcanzase a los peligrosos criminales como éste...

Después del largo discurso del fiscal, habló el abogado defensor.

El discurso de cargo y el de defensa fueron dos brillantes muestras de la agilidad que se advierte en esa especie de hipódromo que son los debates de la justicia.

Finalmente, Claudio se levantó a su vez y habló con tal elocuencia, que las pocas personas inteligentes que asistieron a la audiencia, salieron llenas de asombro y admiración.

Habló con voz penetrante y serena. Su mirada era clara, su gesto resuelto y lleno de imperio.

Lo relató todo tal cual había sucedido, sin recargar ni aminorar el hecho. Supo mirar de frente al artículo 296 (1).

Tuvo momentos de verdadera elocuencia, que conmovieron al público.

A veces, aquel hombre, que no sabía leer, mostrábase correcto, fino, certero como un letrado.

Sólo en una ocasión se dejó llevar por un rapto de

(1) Artículo del Código penal francés que establece la pena de muerte.

cólera. El fiscal había afirmado en su discurso que Claudio asesinó al director de los talleres sin preceder violencia por parte de éste, es decir, «sin provocación».

—¿Que no he sido provocado?—dijo Claudio—. ¡Es verdad! Ya sé a qué se refiere el señor fiscal. Un borracho me golpea, y yo le mato; he sido provocado y vosotros, comprendiéndolo así, me perdonáis la vida... Pero un hombre que no está borracho, que tiene la plenitud de sus facultades, me estruja el alma durante cuatro años, me humilla durante cuatro años, me zahiere todos los días, a todas horas, a cada momento, me pincha en lo más íntimo del ser durante cuatro años... Tenía una mujer por la cual llegué a robar, y me da tormento con esta mujer; tenía una hija por la cual llegué a robar, y me tortura con esta hija; tenía hambre, me da su pan un amigo, y me arrebató el amigo y el pan; le pido que me devuelva al amigo, y me manda al calabozo; trato de usted a ese esbirro, y él me tutea; le digo que sufro, y él me contesta que le molesto. Así, ¿qué queríais que hiciese? Le maté. Soy, pues, un monstruo. No fui provocado, y me cortáis la cabeza. ¡Hacedlo cuanto antes!

Terminados los debates, el presidente hizo un resumen imparcial. Claro está, de este resumen resultó que Claudio era un malvado, un criminal nato.

Había comenzado por vivir en concubinato con una mujer pública. Después, había robado. Y por último había asesinado.

Cuando los jurados iban a retirarse para emitir el fallo, el presidente preguntó al acusado si tenía algo que añadir.

Claudio dijo:

—Poca cosa más. Soy un ladrón y un asesino. He robado y he matado. Pero ¿por qué he robado? ¿Por qué he matado? Contestad estas preguntas, señores jurados.

Después de algún rato de deliberación, y conforme al veredicto de culpabilidad, doce honrados ciudadanos, a quienes se llamaba «los señores jurados», condenaron a muerte al peligroso criminal.

Bien es verdad que desde que empezó el proceso, muchos de los jurados habían notado que Claudio era conocido por *el mendigo*, cosa que les produjo honda impresión.

Cuando leyeron la sentencia a Claudio, éste se limitó a decir:

—Muy bien. Pero ¿por qué ha robado ese hombre a quien vais a matar? ¿Por qué ha matado ese hombre? Mis jueces no podrán contestar estas dos preguntas.

VIII

Al regresar al calabozo, Claudio cenó alegremente y dijo a sus guardianes:

—¡Treinta y seis años cumplidos!

No quiso apelar. Una de las hermanas de la caridad que le había cuidado, se lo pidió llorando, y por complacerla, resistiendo hasta el último momento, firmó la solicitud de apelación.

La pobre hermana, agradecida, le regaló una moneda de cinco francos. Claudio le dió las gracias y se guardó el dinero.

Mientras se tramitaba la apelación, los presos le propusieron favorecer su fuga, pero Claudio se negó.

Entonces le arrojaron por la tronera del calabozo un pedazo de alambre, un asa de cubo y un clavo.

Cualquiera de estos objetos, en manos de un hombre hábil como Claudio, hubieran podido servir para limar los barrotes de la reja.

Entregó el asa, el alambre y el clavo al guardián.

El 8 de junio, siete meses y cuatro días después del hecho, llegó el cumplimiento de la sentencia.

A las siete de la mañana entró un escribano en el calabozo de Claudio y le anunció, sencillamente, que sólo le quedaba una hora de vida. Su apelación había sido denegada.

Claudio se limitó a sonreír.

—¡La pasada noche he dormido bien, sin imaginar que la siguiente dormiría mejor!

Llegó un sacerdote. Tras él, el verdugo.

Claudio se mostró humilde con el primero y afable con el segundo.

Mientras le cortaban el pelo, alguien habló de la peste que aquellos días azotaba la ciudad.

—Por mi parte—bromeó Claudio—no le temo a la peste.

A petición suya se le devolvieron las tijeritas con que se había herido. Les faltaba una punta, rota en su pecho.

Pidió al carcelero que las llevase a Albino.

Cuando le ataron las manos, suplicó le dejaran en la derecha la moneda de cinco francos que le había dado la hermana de la caridad. Era ya lo último que le quedaba.

A las ocho menos cuarto salió del calabozo, seguido por el lúgubre cortejo acostumbrado en tales casos.

Iba pálido, con los ojos fijos en el crucifijo que le mostraba el sacerdote.

Su paso era firme y seguro.

Según tradición, se fija aquel día para ejecutar al reo por ser día de mercado, con objeto de que hubiese el mayor número posible de espectadores al paso del condenado.

En Francia existe todavía la costumbre salvaje de que cuando la sociedad mata a una hombre, ello sirva de espectáculo al pueblo (1).

Claudio subió serenamente al patíbulo; fijos siempre los ojos en el Cristo crucificado.

(1) Nótese que Víctor Hugo escribió este relato por el año de 1840.

Quizo abrazar al sacerdote y después al verdugo, para dar las gracias al primero y perdonar al segundo.

El verdugo, cohibido, le rechazó suavemente.

Cuando el ayudante le aferraba el cuello a la odiosa máquina, hizo señal al sacerdote de que tomase la moneda que tenía en la mano derecha, diciendo:

—Para los pobres...

Como en aquel momento daban las campanadas de las ocho, el sonido del reloj apagó sus palabras.

El sacerdote le hizo señas de que no había entendido.

Claudio esperó el intervalo entre dos campanadas y repitió dulcemente:

—¡Para los pobres!

Aún no había sonado la octava campanada, y ya aquella cabeza, inteligente y noble a pesar de su rusticidad, había caído al golpe seco de la cuchilla.

¡Y véase el efecto ejemplar de las ejecuciones públicas!

A las pocas horas, levantada aún y llena de sangre la guillotina, las gentes del mercado se amotinaron por un asunto de tarifas y dieron muerte a un empleado de consumos.

¡Qué pueblo tan pacífico forman estas leyes!

EPILOGO

He creído un deber relatar con la mayor abundancia de detalles posible la historia de Claudio en el presidio, porque, en mi concepto, todos los párrafos de esta historia podrían servir perfectamente de epígrafe a los capítulos de un libro destinado a resolver el problema del pueblo.

En la vida de Claudio, como en la de todos los delincuentes, hay dos fases esenciales: antes de la caída y después de la caída. Bajo estas dos fases, palpitan dos cuestiones: la de la educación y la de la penalidad. Yentre estas dos cuestiones, está la sociedad entera.

Claudio era un hombre bien organizado, bien dotado por la naturaleza. ¿Qué le faltaba?

Reflexionad. He aquí el gran problema de la justicia universal, cuya solución, cuando se encuentre, producirá el equilibrio que necesita el mundo.

Que haga la sociedad por el individuo tanto como la naturaleza. He aquí planteado el gran problema.

Mirad a Claudio: corazón y cerebro sanos, indudablemente, pero colocados en una sociedad tan mal cons-

tituida, que acaba por robar; y la sociedad lo pone, a su vez, en una cárcel de régimen tan malo, que acaba por matar.

¿Quién es en realidad el culpable? ¿El o nosotros?

Estas son las graves cuestiones que se plantean a diario, que nos invitan de manera apremiante a detenernos, que nos obstruirán un día u otro el camino, de tal manera, que será preciso al cabo mirarlas frente a frente y abordarlas con decisión.

El pueblo tiene hambre. El pueblo tiene frío. La miseria le impulsa al crimen o al vicio, según el sexo.

¡Tengamos piedad del pueblo, a quien el presidio arrebató los hijos y el lupanar las hijas!

* * *

La marca con hierro candente era una cauterización que gangrenaba la llaga. Pena insensata y contraproducente, que sellaba y soldaba el delito al delincuente, haciéndolos amigos, compañeros inseparables.

Tan insensatas como esta pena antigua y bárbara, son la mayor parte de las penas actuales.

Vayamos a los presidios. Llamemos en torno nuestro a toda la chusma. Reconozcamos uno a uno a todos esos seres condenados por las leyes del hombre.

Calculemos el ángulo facial de todos esos rostros. Toquemos todos esos cráneos deprimidos y llenos de protuberancias. Cada uno de estos desgraciados tiene

todas las degradaciones y todos los estigmas. Parece que son el punto de intersección entre esta o aquella especie animal y la humanidad.

La primera culpable en la formación de estos seres es la naturaleza. Pero la segunda es la educación.

La naturaleza ha bosquejado mal; la educación ha retocado mal el boceto.

El que asesina en los caminos, mejor dirigido hubiera sido útil a la sociedad.

Hay que cultivar, regar, fecundar, ilustrar, iluminar, utilizar esa cabeza del hombre del pueblo, y entonces no se tendrá necesidad de cortarla.

FIN

En el próximo número publicaremos :

Salvada del abismo, por Alma

Es propiedad. — Los autores son responsables de sus escritos.
Revisado por la previa censura.

AEP - CDHS
BARCELONA